



Quería arrojarse del mulo; hablaba de morir en aquellos desfiladeros...



CAPITULO IV

En el Vaticano

EN el camino de Italia la Emperatriz se mostró razonable y discreta como nunca la habíamos visto: nos asombraba con sus observaciones picantes sobre gentes y cosas de México; con su conocimiento de la historia, la situación y las condiciones climáticas de los puntos que atravesábamos. Pero una mañana, al salir de Chamounix, la Señora se mostró violenta y excitada como no lo había estado en los quince días anteriores.

Quería arrojarse del mulo; hablaba de morir en aquellos desfiladeros, en aquella nieve, destrozada por aquellos peñascos. Como á las doce llegamos á la Agua Negra, horrible torrente en que vierte sus aguas el río de la Barberine: la violencia de la corriente ha abierto en el granito un camino por donde se precipita espumante é

impetuoso el enorme caudal de agua que llega al fondo como flechado y haciendo un estrépito inmenso que asorda toda la comarca. Desde un balcón de madera veíamos todo el panorama; tocábamos cuando lo queríamos la recia corriente de agua y nos maravillábamos de la audacia de quien había construído aquel osado mirador, cuando oímos que la Emperatriz nos decía en voz baja:

— Aquí me mareo, aquí pierdo la cabeza.

En efecto, estaba pálida y descompuesta. Al bajar, cuando tomábamos un refrigerio en el *Hotel de los Ingleses*, se conmovió grandemente escuchando *La Marsellesa*, que tocaba un organillo debajo de nuestras habitaciones.

— ¡Francia, Francia, exclamó anegada en lágrimas, qué mal nos has traído!... ¡Bellaco! Y no cesa un instante... Voy á decirle que se calle.

— No se incomode Vuestra Majestad, dijo del Barrio; yo iré.

Pero la Emperatriz nada quiso oír. Se levantó de su asiento, y arrojando unas monedas al organillero le dispuso que se callara. Mas el maldito de seguro no oyó la recomendación ó tomó lo de las monedas como muestra de agrado, pues siguió dando vueltas á la cigüeña con *amore* de artista. Carlota pareció no notar que el ruido continuaba; llamándonos, nos enseñó al organillero, que era un mocetón barbudo y arriscado.

— Miren, miren á Paulino Lamadrid.

Nos reímos pensando que Su Majestad había encontrado la semejanza entre el del órgano y el charro mexicano, y alguien, adulator y necio, dijo á la soberana melosamente:

— En efecto, Señora, se parece un poco...

— Es su vivo retrato, añadió otro.

— Es él, gritó Carlota en tono agrio; es él y viene... á matarme, á impedir que lleve á cabo mi propósito... Le mandan Labastida, Munguía y Covarrubias—Minos, Eaco y Radamanto,—como yo les llamo... ¡Ah, cangrejos, cangrejos! Mucho podéis y más hacéis; pero más sé y más puedo yo!

— Pero si no es Paulino, Señora, advirtió alguien.

— ¿Que no es? ¿Si estaréis vosotros vendidos también á las pelucas viejas... ó á Juárez... ó á Bazaine, que es el peor de todos?

El bueno del Barrio inventó no sé qué arbitrio para retirar al organillero, y pudimos así continuar nuestro camino, pero haciendo los peores presagios acerca del fin de nuestra misión. Mas la Emperatriz nos la daba á todos. Tras cada uno de estos accesos se ponía tan razonable, tan dócil, tan expansiva, que no nos atrevíamos á creer que pudiera repetirse aquella perturbación sin ejemplo en quien había tenido siempre cerebro tan sólido y tan bien disciplinado.

El veinticinco de Septiembre llegamos á Ancona y

tomamos el tren especial que había de conducirnos á Roma. Allí nos aguardaba el escueto, narigudo y desconsolado Velázquez de León. Al verle dijo la Emperatriz señalando al no menos nasón conde del Valle:

— ¡Qué excelente tronco harían los dos; *empelan* admirablemente! como dicen en México.

La noche del veinticinco llegamos á la Ciudad Eterna; descansamos el veintiséis, y el veintisiete, con el mismo ceremonial de marras, la Emperatriz fué al Vaticano acompañada de dos damas, de Velázquez y de Barrio. No duró mucho la entrevista; conversábamos apenas con los *camerieri* que habían puesto para atendernos, cuando la Emperatriz salió de golpe y zumbido: difícilmente podía alcanzarla el cardenal Antonelli que le servía de cortejo.

Al salir del Vaticano creyó notar que el cochero tenía mal puesta la escarapela y le riñó agriamente.

— Sois un necio que no sabe ni la manera de vestirse... Se lo diré al señor Gutiérrez.

Y á nosotros en tono calmado:

— No extrañen ustedes mi disgusto; la violación de las leyes de la etiqueta me molesta como pocas cosas del mundo.

En el Hotel Marescotti regañó á toda alma viviente contra lo que tenía por costumbre. A la hora de la comida se quedó meditabunda y consternada, y á los

postres se rehusó á tomar helado hasta que todos se hubieron servido. Luego se empeñó en sostener que la cafetera estaba rota, y Velázquez, para no disgustarla, se vió obligado á cambiar la pieza.

Al anoecer se calmó la excitación de la Emperatriz, durmió bien y amaneció de excelente humor.

— Descansé de un tirón, estoy contenta, fueron sus primeras palabras al despertar.

Manifestó deseos de levantarse y recordó gentes y sucesos de México.

— ¿Sabe usted que he recibido cartas de don Leonardo Márquez? ¡Buen pillo es el tal!... ¿Qué cree usted que me contaba ayer Gutiérrez? Que no pierde la esperanza de ver de nuevo unidos el trono y el altar... Es un hombre de buena fe, un excelente cangrejo... ¡Pobre Gutiérrez!... ¿Qué hará ahora el Emperador? ¿Le cuidarán, le atenderán como cuando yo estaba en México? No van mal nuestras negociaciones; no desespero de convencer á Pío IX, y pronto sabremos en qué situación se ha de encontrar el imperio mexicano...

Al correr las cortinas conforme á su orden, se regocijó viendo el día claro y apacible que reinaba.

— ¡Qué día tan hermoso!... Vea, señora Jecker, qué delgada estoy... Me hace falta mi México, mi Chapultepec y hasta mis penas y mis cuidados de allá... ¿Qué hará el Emperador?

Se desayunó con buen apetito y luego me ordenó:

— Haga usted llamar á Velázquez; tengo que darle órdenes sobre muchas cosas que me importa sepa pun-



tualmente, y también debo oír noticias tuyas acerca de estos enredadísimos asuntos eclesiásticos... Voy á convencer á Su Santidad con datos y cifras, y á probarle que Vázquez y Portugal, y naturalmente Labastida y Munguía, sólo han engañado á la Silla Apostólica y abu-

sado torpemente de su bondad... Que espero luego al ministro.

Dí las órdenes, pero no llegó á presentarse Velázquez.

— El señor Velázquez de León, dije á Carlota, ruega á Vuestra Majestad le dispense de presentarse en este momento; está algo enfermo y temería ponerse peor si saliera á la calle.

— Bien, bien, dijo la Señora; yo me las arreglaré sola.

Se encerró en su cuarto, pero á poco tocó la campanilla con energía.

— ¿A qué llaman congrua? — me preguntó.

— No sé, Señora.

— Que le dispongan á Velázquez que venga en seguida.

Envié nuevo recado al ministro, pero no tardó el criado en volver con otra excusa de don Joaquín: estaba imposibilitado de salir y creía no poder moverse en todo el día. Congrua es la renta que debe tener, con arreglo á las sinodales de cada diócesis, el que se ha de ordenar *in sacris*.

La Emperatriz se metió en su cuarto más contrariada que nunca. No habían pasado dos minutos cuando sonó nuevamente la campanilla.

— ¿Qué iglesias fueron esas vendidas á vil precio? ¿Qué precio fué ese tan irrisorio?

— Lo ignoro, Señora,

— Que venga Velázquez.

Nuevo recado y nueva excusa de don Joaquín.

— ¡Que venga luego! ordenó la Emperatriz.

— Está en cama, Señora.

— No importa.

A poco vino la comedia respuesta de Velázquez: no estaba de muerte; pero temía contraer una enfermedad grave si se vestía para presentarse ante la Señora.

— ¿Pero qué tiene Velázquez?

— No sé, Señora.

— ¡Que le traigan en camilla: quiero verle!

— Tiene una calentura altísima.

— ¡Que le traigan!

— Está desvariando.

— ¡Que le traigan!

— Corre peligro su vida.

— ¡Que le traigan, ordeno! Soy la Emperatriz y puedo mandar sobre mis súbditos... Pero ¡ah! tiene usted razón—y vi brillar en sus ojos la lucecilla fugaz y misteriosa—¿de qué le vino la enfermedad á don Joaquín?

— No sé, Señora; el conde del Valle asegura que ayer se acostó don Joaquín sin novedad, que no cenó y que por todo alimento bebió un vaso de agua fría: temen que haya contraído las terribles calenturas pontinas, que tan mortíferas son en estas regiones.

— Conque el conde del Valle asegura... dijo con retintín. Ya me daba á mí en cara el tal condesito... Sí, él tenía que ser... ¡Miserable! está vendido á los austriacos... Ya me lo figuraba; entre él y la buena de Manolita Gutiérrez han envenenado al pobre don Joaquín para privarme del auxilio de sus luces... ¡Buen par de traidores; buen par de villanos!...

— Señora, yo creo...

— Usted no cree más que tonterías. ¿Conque la malaria, eh? Yo sabré poner las cosas en su puesto. ¡Bellacos, indecentes, traidores!... Mire usted qué casualidad; vive don Joaquín en Roma por meses y años y nada le pasa, y el día que abraza á su querido amigo el conde del Valle, me le tiene usted postrado en cama... Ya verá el conde cómo no tropieza con una lerda; ya verá cómo sé castigarle. Aunque tenga que ejercer jurisdicción en reino extraño, como Cristina de Suecia, he de mandar al palo á este súbdito que comete crímenes tan espantosos frente á frente de su soberana...

En eso asomaron por la puerta las narices del bueno de don Francisco Diego de la Luz Suárez Peredo, conde del Valle de Orizaba, y temí que la Emperatriz lanzara al apéndice olfativo del prócer las cosas que de él había estado diciendo; pero lejos de eso se mantuvo callada y recelosa, como temiendo el mal que le había de venir si excitaba el furor de venganza del Borgia mexicano.

— ¿La señora tiene pensado visitar mañana á Su Santidad?

— No, conde, respondió trémula la princesa.

— Tenía entendido que la audiencia era para el veintinueve.

— No, conde; es para el día primero.

— Con permiso de su Majestad.

— Bien, conde... Este bandido anda camelándome; pero yo sabré evitar sus acometidas... Con no comer ni beber nada que haya pasado por sus puercas manos... Búsqese usted un vaso ó taza limpios y sin tapadera y tráigamelos en seguida.

Salí á cumplir lo que Su Majestad me ordenaba y á poco mandé enganchar para un paseo por el Pincio. Al pasar por una plaza la Emperatriz hizo detener el coche.

— Me muero de sed, dijo.

Y sacando de lo interior de su manteleta de abrigo la taza que le había llevado, bebió del agua fresca y sabrosa que salía á chorros por las bocas de los tritones que formaban el surtidor. Así fué deteniéndose en cada una de las fuentes que hallamos al paso, siempre impaciente, siempre mirando hacia todas partes, siempre azorada y temerosa.

Cerca de una de aquellas fuentes y cuando ya ponía el pie en el estribo del coche para subir de nuevo, vi una pareja que me llamó la atención por lo amartelada: él

era bajito, de barbilla rubia, guapo y bien vestido; ella, alta de pechos y de ademán brioso, ostentaba con orgullo el signo de la maternidad próxima. Primero no les conocí; luego me llegó á la memoria un vago destello que hizo vibrar, antes que cuerda ninguna, la del odio y la del despecho; al fin me dí cuenta de que eran nada menos que Aquiles y la famosa Nieves, su mujer. Los felices amantes iban paso á paso, como regodeándose en aquel solecillo puro y grato y haciendo ostentación de su dicha.

Bajé violentamente, dije á la Emperatriz no sé qué y salí disparada en pos de la pareja. Mas ésta, que ni siquiera maliciaba mi presencia, inconscientemente extravió el camino y se metió á no sé qué edificio de los inmediatos. Entré á una iglesia y alarmé al sacristán, me metí á un palacio y el portero no supo decirme palabra de las gentes que buscaba; huroneé por los jardines y nada vi. Desesperada, me metí de nuevo al coche y encontré á la Emperatriz dando diente con diente.

— ¿Qué vió usted, señora Ubiarco? me dijo llena de espanto.

— A un criminal, á un infame, á un...

— Al envenenador, ¿verdad?

— Sí, al envenenador, al que me ha envenenado el alma... Lapierre.

— ¡Ah, sí, el espía de Bazaine!